

# LA CUESTION DEL SARRE

Entre los problemas de política nacional e internacional que hoy tiene planteados Alemania Occidental, destaca sin duda alguna la batallona cuestión del Sarre. En el extranjero suele tenerse exclusivamente noticia de la versión francesa, siendo mucho menos conocida y divulgada la versión alemana. Procuraremos, situándonos desde un ángulo neutral, dar una fiel versión del problema, tal como en la actualidad está planteado.

No será necesario recordar que el Sarre es un territorio de casi un millón de habitantes, alemanes en su inmensa mayoría. Su importancia radica, como es de todos conocido, en el subsuelo y en su producción industrial de carbón y acero. Preste el lector atención a los datos siguientes, que son en extremo significativos: Francia, incluido el territorio del Sarre, tiene una producción de 69,3 millones de toneladas de carbón y 12,4 millones de toneladas de acero. Alemania occidental, sin el Sarre, produce en la actualidad 118,9 millones de toneladas de carbón y 13,5 millones de toneladas de acero. La conclusión es bien clara: el Sarre, que por sí solo produce 16,3 millones de toneladas de carbón y 2,6 millones de toneladas de acero anualmente, viene a colocar casi en el fiel la balanza de potencial industrial de las dos naciones, especialmente por lo que a la producción de acero se refiere.

De todos es bien sabido que no son precisamente razones de tipo racial las que en este caso en pro de Francia militan. Aparte de las que acabamos de apuntar, se señala de manera muy especial la necesidad tan perentoria que Francia tiene del carbón del Sarre para el desarrollo de su industria pesada de acero en Lorena. La pretensión francesa suele defenderse con el argumento un tanto especioso de que Alemania tiene ya bastante con su carbón del Rhur, que, por otra parte, es muy superior al del Sarre. Esta superior calidad, sigue argumentando Francia y, en efecto, es verdad, hace que cuando existe una sobresaturación de oferta, el propio alemán comprador se desentienda del carbón del Sarre y para nada se preocupe del de Ruhr, con lo que se origina un conflicto económico bien grave para aquella región.

Aunque es de todos conocido, convendrá reavivar el recuerdo de la no lejana historia.

El Sarre, históricamente alemán, a raíz de la primera guerra mundial, se desgaja del Reich para constituirse en territorio autónomo sujeto a ulterior plebiscito. Celébrase el año 1935, y más del 90 por 100 de la población se pronuncia por la reintegración al Reich. Como decimos, esto es de todos harto sabido, pero ocurrió después un curioso fenómeno que ya no fué tan divulgado. Es un hecho hoy plenamente comprobado que aquella población, que con su patriótico gesto tan germana se mostró, se sintió más tarde un tanto defraudada del trato recibido por parte de sus hermanos. Ocurrió lo que fatalmente tenía que ocurrir: al entrar de lleno el mercado alemán en la normalidad económica, se sobresaturó de carbón; al comprador alemán entonces no le interesaba otro que el del Ruhr, de superior calidad, y el del Sarre no se vendía.

Después de la segunda Guerra Mundial, Francia, vencedora, se creyó con derecho a anexionarse el territorio. Aunque no llevó a cabo su propósito bruscamente, ni se puede decir que lo haya llevado todavía, para el caso podemos asegurar que cumplió su programa de la manera más diplomática y elegante.

En contra de la declaración formal de los propios aliados, según la cual se comprometían a no desgajar ningún territorio del Reich y dejar intactas sus fronteras del año 38, Francia, dentro ya de su zona de ocupación, convirtió el Sarre en una especie de Estado autónomo y convocó elecciones, en las que no se admitían partidos que abogasen por la reintegración a Alemania. El resultado fué un pronunciamiento unánime por la autonomía y la unión económica con Francia. Pero el alemán de hoy quita todo valor a aquellas elecciones por los siguientes hechos impositivos: no haberse admitido toda clase de partidos (sobre todo, los que abogaban por la reintegración a Alemania); no preocupar a la población votante en aquella época problemas políticos de ninguna clase, sino solamente ver el modo de salvarse del hambre que la acuciaba; no conocer con tiempo suficiente el proyecto de Constitución que más tarde habría de votar el Parlamento sarrés.

El resultado de aquellas elecciones fué la constitución de un Parlamento que, al dar a luz la Constitución política por la que había de regirse el nuevo *Land* autónomo, entre sus más importantes principios estableció la tajante prohibición de una ulterior reintegración del Sarre al Reich alemán. Este y no otro es el punto de partida de la tan traída y llevada cuestión del Sarre.

En esta cláusula del preámbulo se apoya el actual primer ministro del Sarre, Hoffmann, cuando prohíbe a todo partido que abogue por dicha reintegración presentar candidatura para las próximas elecciones.

A Hoffmann, a pesar de su limpio historial prebélico (militó en el partido *Zentrum*; por su oposición al nacionalsocialismo, se vió obligado a emigrar, y antes del año 35 combatió acérrimamente los intentos franceses de apoderarse del territorio); hoy en Alemania se le tacha de

separatista por su colaboración con Francia, aun cuando no se le niega su buena fe, y se le considera hombre nefasto para el país germano. Él, y no otro, se cree en Alemania es el culpable de que tal cláusula se incluyese en la Constitución sarresa.

El hecho es que Francia, en concepto de reparaciones, se ha venido a incautar prácticamente de las minas y de la mayor parte de la industria.

Convendría recordar que las minas del Sarre, inicialmente de propiedad particular, pasaron después a poder del Gobierno alemán, quien, después del año 35, compró todas las participaciones francesas. Al estallar la segunda Guerra Mundial, el Gobierno alemán ya estaba en posesión de todas ellas. Como consecuencia, plantéase ahora la siguiente cuestión jurídica: ¿quién es el verdadero sucesor de derecho de tales propiedades? El Gobierno de la República federal, al considerarse sucesor del fenecido Reich, se considera serlo él. En cambio, el Gobierno del Sarre dice ser él el exclusivo dueño, por el hecho de no haber entrado a formar parte de la Federación.

La cuestión se complica notablemente. En efecto, si las minas siguen perteneciendo al Gobierno central de la República federal, Francia no hubiera podido incautarse de ellas en concepto de reparaciones, pues es sabido que para la solución de cuantos asuntos afectan a Alemania en su totalidad, las Potencias aliadas se han comprometido a obrar de común acuerdo, y Francia, en este caso concreto de las incautaciones, ha procedido unilateralmente.

Hay, no obstante, que reconocer cierto caballeroso proceder del Gobierno francés con la población del Sarre: se le prometió que no se llevaría a cabo ningún desmantelamiento, y la promesa se ha cumplido. Pero, en cambio, hay algo que el alemán no olvida: Francia se intentó de las minas, en concepto de reparaciones, y fijó su valor como si fuera chatarra. Posteriormente, alquiló o vendió las acciones en su auténtico y genuino valor (hoy puede decirse que la industria del acero ha pasado a ser toda ella propiedad particular; sirva de ejemplo la empresa *Roehling*).

En este estado de cosas, Francia propone y logra un convenio con el Gobierno del Sarre de estrecha colaboración económica, y el resultado, al que el Sarre no tenía más remedio que decir que «sí», es la conclusión de dicha unión. El principal punto consiste en que Francia podrá explotar durante cincuenta años las minas de carbón del Sarre, que en realidad puede decirse pasan a ser propiedad de los franceses, a cambio de un ínfimo precio que se paga al Gobierno del Sarre.

Ante todo esto, ¿qué opina y dice la población del territorio? Esta, con los cambios realizados, goza de una situación económica próspera, ve florecer su industria y surgir una legislación social en extremo favorable para la clase trabajadora (un obrero parado gana casi tanto como uno con trabajo). Todo ello contribuyó a que en un principio se aco-

giera con cierta simpatía el nuevo estado de cosas. Pero, andando el tiempo, han dejado sentirse también en el territorio los coletazos de la inestabilidad económica del país galo y la inflación con su loca carrera de sueldos y precios, en la que aquéllos jamás llegan a alcanzar a éstos. (Como consecuencia de la estrecha unión aduanera, se estableció el franco francés como moneda oficial del territorio.) Por otra parte, el pueblo ve que el resurgimiento industrial de Alemania es un hecho innegable y que, andando el tiempo, se dejará sentir la necesidad de relaciones económicas normales. Todo esto hace que la población sienta, de día en día más, la necesidad de una reintegración.

Bien es verdad que las ligaduras que unen al Sarre con Francia son exclusivamente económicas. La propaganda cultural llevada a cabo por los franceses para atraerse a la población ya hace dos años que fracasó rotundamente, y la propia Francia, convencida de ello, dió amplia libertad; tanto, que hoy en las escuelas no se estudian otros libros de texto que los alemanes.

Por medio de todo esto existe una cuestión típicamente política. Francia bien puede decirse que ha surgido de la segunda Guerra Mundial con un verdadero complejo: el de ofrecer una victoria real a su pueblo, y si se exceptúa el Sarre, bien podemos decir que no puede presentarle otra ganancia. Súmese a ese factor indudable el miedo que hoy todo buen francés tiene al resurgimiento del potencial industrial del país vecino.

A todo esto, ¿qué dicen los alemanes? En general, respetan algunos de los motivos alegados por los franceses. Reconocen que les es necesario el carbón del Sarre para complementar su industria de acero en Lorena, pero, a la vez, consideran que ningún alemán puede admitir la separación de parte de su territorio, sobre todo si se lleva a cabo por medios poco correctos.

El alemán reconoce asimismo que lo esencial es llevar a efecto la unidad de Europa, que hay que colaborar con Francia y respetar sus intereses justos en el carbón del territorio; además, tiene la plena convicción del vencido. Alemania ha perdido la guerra, no está hoy en condiciones de exigir. Hay que llegar, por lo menos, a un compromiso. Por otra parte, se piensa en Alemania, después de haber sido ratificado el Plan Schuman, los franceses no tienen motivo alguno para llevar a cabo una unión estrecha con el territorio fundada estrictamente en motivos económicos. El alemán, en el fondo, aboga por la reintegración total; pero, por el momento, y para no poner dificultades a la Unión Europea, está dispuesto a llegar a un compromiso. (Digamos, de paso, que ésta es la opinión del Gobierno; la oposición es contraria a ella y propugna simplemente la reintegración.)

En tal situación, se ha lanzado la idea de europeizar al Sarre, es decir, hacer del Sarre un territorio europeo bajo la tutela del Consejo

de Europa, que tiene su sede en Estrasburgo. A esta propuesta dieron su asentimiento Francia, el Sarre e incluso la misma Alemania, desistiendo ésta, bien contra su voluntad, de su antigua postura, según la cual primeramente había que preguntar libremente a la población. Pero resultó, después de declaraciones del propio Schuman, que Francia entendía por europeización el continuar las cosas como estaban antes, esto es, unión económica con Francia y separación política de Alemania. Para salir de tal *impasse*, en la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de los países del Plan Schuman celebrada en el mes de julio, De Gasperi propuso de nuevo conferencias entre alemanes y franceses. Según él, la Unión de Europa y el mismo Plan Schuman no podrían llevarse a efecto sin resolver previamente este problema. Se propuso como sede de la Unión del Plan Schuman a Saarbrücken si los Gobiernos de Francia y Alemania lograban ponerse de acuerdo sobre la europeización del territorio (hoy la sede sigue siendo Luxemburgo). Se fijó como fecha tope la del 15 de septiembre.

¿Cuál es, en toda esta enmarañada cuestión, el punto de vista alemán? Fechter, redactor de política internacional del *Rheinischer Merkur*, con fecha 1.º de agosto, publicó un artículo que puede ser considerado como portavoz del propio Gobierno.

Extractado, viene a resumirse en los siguientes puntos:

1.º Voto previo de la población del Sarre, con admisión de partidos pro-alemanes. Retraso de las elecciones para el nuevo Parlamento, para que se dé tiempo a los partidos pro-alemanes a hacer propaganda.

2.º Definir el territorio que se quiere europeizar. No es necesario todo el territorio, y más si se tiene en cuenta que el actual comprende un perímetro mayor que el de 1935.

3.º Revisión de los Convenios comerciales entre el Sarre y Francia. El punto de vista alemán es que las minas de carbón del Sarre son propiedad de Alemania. Los Convenios de arrendamiento por cincuenta años favorecen unilateralmente a Francia y resultan desfavorables aun para el propio Sarre. Europeización no quiere decir eternización de compromisos unilaterales, sino abrir este territorio a la Comunidad Europea.

4.º Estatuto político. Alemania admite un Sarre bajo autoridad europea, pero exige completa libertad en cuanto a la economía. Que no se convierta en un satélite de Francia, que se retiren las fronteras aduaneras de ésta y circulen francos y marcos. El compromiso, en realidad, consistiría en que Alemania delegaría su soberanía en una autoridad europea, mientras que Francia cedería en cuanto a su unión económica.

¿Qué pronóstico podríamos aventurar para el caso, nada probable, de una eventual consulta a la población? Todo depende del modo como se formule la pregunta.

Si se propone «europeización» o «estado actual», es casi seguro que votaría por la «europeización». Si, en cambio, se añade una pregunta

más: «europeización, estado actual, o reintegración a Alemania», sería muy difícil aventurar un pronóstico. Puede de antemano asegurarse que no escogería el «estado actual» (unión a Francia). En general, podemos decir con toda verdad que la mayoría de la población se inclina por la europeización.

Ultimamente, las conversaciones entre Francia y Alemania parece que han abocado a un callejón sin salida. Ambas partes se echan mutuamente la culpa, y el resultado final es difícil de prever.

De distintas cartas y conferencias mantenidas entre los representantes de ambos Gobiernos, Adenauer y Schuman, se podía desprender que, en realidad, últimamente sólo se luchaba por detalles y que existía coincidencia de criterios en los principios. Veamos esquemáticamente cuáles eran estos detalles de avenencia y cuáles aquellos detalles de disconformidad:

1.º *Principio*: El Sarre tendrá estatuto europeo.—*Detalle*: Alemania pretende que sea el Consejo de ministros del Plan Schuman la autoridad suprema en este caso, mientras que Francia aboga por el Consejo de Europa con sede en Estrasburgo. Ultimamente parecía que los franceses estaban dispuestos a ceder en este punto.

2.º *Principio*: Revisión de Convenios entre el Sarre y Francia.—*Detalle*: Para Alemania tal revisión ha de entenderse como abolición, mientras que para Francia significa sólo adaptación. En este punto, era Alemania la dispuesta a ceder.

3.º *Principio*: La cuestión de admitir nuevos partidos pro-alemanes se resolvería mediante un referéndum previo, en el que se propusieran estas tres preguntas: A) Unión a Alemania; B) Unión a Francia; C) Europeización. La propaganda se haría con toda libertad. Francia, al parecer, estaba conforme con ello, e incluso Hoffmann, el jefe del Gobierno sarrés. El propio Adenauer había ya dado su asentimiento, y hasta parece que había convencido a los jefes de los partidos pro-alemanes para que se adhiriesen a su postura.

Detalle importantísimo y que, al parecer, es la causa de la actual crisis: Alemania no puede admitir jurídicamente la cesión de parte de su territorio, y el Sarre lo es por una razón bien sencilla. En efecto, si Alemania cede territorios en el Oeste, se encuentra con las manos atadas para reclamar en su día los territorios cedidos a Rusia en la línea Oder-Neise por el Gobierno marioneta de Pieck. Esta es la causa por la que Alemania propone una europeización a plazo limitado, poniendo como meta el definitivo Tratado de paz, mientras que los franceses quisieran eternizar tal situación. Adenauer llegó a proponer un plazo de cinco años, a lo que Schuman contestó, en una carta, que para Francia se trataba de una propuesta totalmente inaceptable.

La crisis en las relaciones franco-germanas resulta tanto más peligrosa cuanto que en los días pasados debería ya haberse elegido el nuevo

Parlamento del Sarre sin haberse llegado a un acuerdo sobre la autorización de los partidos pro-alemanes. Se han vuelto a anunciar elecciones para el 30 de octubre, y con tal motivo, Richard Kin, presidente del poderoso partido socialdemócrata del Sarre, ha dicho que el deber primordial del nuevo régimen del Sarre debe ser ayudar a mejorar las relaciones franco-alemanas. Kirn, cuyos socialistas han llevado el control de más de un tercio de los escaños del Parlamento, ha hablado, en el momento en que las próximas elecciones amenazan con ahondar el abismo entre el sentimiento francés y el alemán, sobre el porvenir del territorio. Kirn ha afirmado que los socialdemócratas apoyarán una moción de disolución del nuevo Gobierno en caso de que un ulterior acuerdo franco-alemán sobre la europeización del Sarre hiciera necesario semejante paso. El jefe socialista ha revelado que su partido está dispuesto a formar coalición con el cristiano-popular del primer ministro, Hoffmann, ya que éste es un factor político en el Sarre que no puede pasarse por alto.

A pesar de la actual crisis, si se reanudan, como es lógico, las negociaciones, es muy posible que Francia adopte la siguiente postura: reconocer que la cuestión debe definitivamente arreglarse en el Tratado final de paz, pero exigir garantías en cuanto a la europeización, proponiendo un término de diez años, en vez de los cinco de Adenauer. En realidad, la clave de la solución consiste en encontrar una fórmula según la cual Alemania no admita una europeización definitiva, y Francia, a su vez, obtenga las garantías suficientes de que su vecina no llevará a cabo una política de propaganda para estorbar tal europeización.

Los políticos alemanes se encuentran ante la alternativa siguiente: a ningún hombre público le está permitido firmar la cesión de parte de su territorio patrio, salvo, naturalmente, en una formal y solemne convención de paz; pero en el caso presente se impone la dura realidad. Alemania perdió la guerra. Del mal, el menos. Siempre será preferible una europeización en que el Sarre pasé a depender del Consejo de Ministros de la Unión Económica Europea, en el que los propios alemanes tienen voz y voto, a una pérdida total. Para co-gestionar, dicen, hay que ceder.

Tanto más difícil resulta esto, se piensa en Alemania, que, estando Europa en vías de federarse, cuestiones territoriales tan nimias, llegado el caso, perderían todo su interés.

ANGEL LOSADA

